

CIERRE SIMPOSIO ENERO
2025

*Lo que dicen las palabras no
dura, duran las palabras, porque
las palabras son siempre las
mismas, pero lo que dicen nunca
es lo mismo.*

Voces. Antonio Porchia

*Escribo para un interlocutor
imaginado, pero, sobre todo,
procurando relacionarme con el
espíritu universal implícito en la
herramienta que denominamos
lenguaje.*

Estamos finalizando ahora el simposio número X. Omito, a propósito, mencionar su número ordinal, porque no me interesa destacar, como solemos hacerlo siguiendo una tradición (un legado que recibimos de los simposios anteriores), un modo de referirnos a lo que hacemos, como continuidad de la cantidad de lo que hicimos antes.

Me interesa, en cambio, subrayar la cualidad de lo que hacemos hoy.

Si nos interesaran sobre todo las novedades, podríamos referirnos a que estamos finalizando un simposio que difiere con sus precedentes, de un modo que nunca había sucedido.

¿No sucede, acaso, algo similar con nuestras vidas, cuando, en la medida en que envejecemos con los años que trascurren, aquello que nos sucede nos sorprende como algo inesperado, muy distinto de lo que nos había sido posible imaginar?

La velocidad con la que necesitamos sustituir aumenta, entonces, porque aumenta, con la edad, la velocidad con la que ocurren nuestras pérdidas. En la juventud los años que uno tiene por delante suelen ser muchos más que los años que uno tuvo ya vívidos. Esto continúa de este modo hasta un punto en que la proporción se invierte, y los años

que uno tuvo son más que los que tiene en el mañana.

Una vez llegados a ese punto, hay que elegir y duelar rápido, bien y, sobre todo, mucho, para enfrentar la frecuencia con la cual los dolores (que funcionan como sustitutos inconscientes de los duelos reprimidos), nos acosan.

Nuestra Fundación, que ya es añosa, ha dejado atrás sus años juveniles. Afirmarlo de ese modo convoca de inmediato dos apreciaciones. En una de ellas el acento queda puesto en que hemos perdido agilidad y vigor. En la otra sobresale, en cambio, que adquirimos, como institución, serenidad y sabiduría.

Hay dos contextos distintos. En un contexto se puede sostener que nuestro punto de vista se asemeja al de los drones que sobrevuelan un terreno que, en este caso, es conceptual. Y que algo similar parece haberle sucedido a Gregory Bateson, cuando se separó de la escuela de Pablo Alto que él mismo había fundado.

En el otro se puede argumentar que los integrantes más antiguos estamos desubicados. Que nos internamos en un territorio y con una trayectoria cuya divergencia con el propósito original, crece.

No podemos negar que algunos, entre los antiguos, somos

proceres, dado que construimos el lugar que hoy habitamos, y continuamos fundamentando, organizando, y otorgando un gran número de horas, a la mayor parte de las reuniones de trabajo que convocan a un gran número de miembros.

Como bien sostiene Gustavo, nuestra función como “padres” no sólo es proteger, sino también preparar. Debemos mencionar, entonces, la existencia, en algunos de nuestras colegas más jóvenes, de actitudes pedagógicas que, aun siendo valiosas en sí mismas, insisten en colocar *down* a sus oyentes, presentando, como si fueran descubrimientos novedosos, muchas de las cosas

que algunos sabemos desde los tiempos en que ellos no eran psicoanalistas todavía.

Es claro que lo que ahora estoy diciendo se puede discutir. Pero, si de discutir se trata, necesitamos incluir lo que escribimos.

Volviendo a lo que se observa “desde el dron”, cabe decir, por ejemplo, que la organización taquipsíquica del simposio conduce a preguntarse: ¿Cómo se puede conciliar que necesitamos cuatro sesiones por semana para hacer consciente lo inconsciente, con la idea de que podemos modificar un concepto que se

repite como “archisabido”, en una participación de dos minutos?

Mientras tanto diremos que, por fin, hemos aprendido que, así como la luz y el calor del sol no nos llegan de forma permanente, y en un cielo siempre límpido y sin nubes, los tiempos buenos no duran demasiado, pero también que las tormentas que sufrimos tampoco son eternas.

¿De dónde surge, entonces, la peregrina idea, tan frecuente, de que “todo está mal”, de que debería ser mejor, o de que “el mundo es y será una porquería, ya lo sé”? No pretendo decir que esto

último no es cierto. Me conformaré con afirmar que una verdad, dado que no puede contener a todo lo que todos consideramos verdadero, en la medida en que se trata de una verdad incompleta, siempre contiene una mentira.

Lo cierto es que nada puede ser universalmente bueno para todos. Recordemos lo que dijo un funebrero: “yo no le deseo mal a nadie, sólo pido que no me falte trabajo”. Podría haberlo dicho un oncólogo, un abogado, o alguien que se dedica a reparar algo que, como el automóvil, con el uso o el desuso, se corrompe.

Ya lo expresó Campoamor: “En este mundo traidor/ nada es verdad ni es mentira, / todo es

según el color/ del cristal con que se mira”.

¿En qué quedamos entonces? ¿Todo está bien así, de la manera en que, con mayor frecuencia, sucede? ¿Qué significa entonces mejorar?

Subrayemos que mejorar sólo es posible cuando aquello que se rechaza por ser malo o defectuoso, se rechaza de un modo eficaz, dado que ya se tiene disponible, en una apreciación sensata, un sustituto mejor.

Lo contrario (que, por desgracia, es lo que más abunda), es quejarse, persistiendo en una forma de comunicación que sólo

funciona, poniendo fin a una carencia, en la más tierna infancia, en la que no se puede vivir sin asistencia ajena.

En cuanto se refiere a los trabajos presentados, convencido de que, “en el fondo”, todos sabemos cómo son las cosas, nada diré acerca de alguno en particular. Pienso, además, que algunos de los que juzgamos malos, suelen dar lugar a discusiones fructíferas.

En su conjunto se pueden distinguir dos grandes grupos.

Uno en el cual predomina la pobreza conceptual, el desatino que caracteriza a la supina

insensatez, y la abundancia en el uso de los verbos condicionales, gracias a los cuales todo “parecería” o “podría ser”.

Otro, en el que predomina la sensatez, la inteligencia y el compromiso que surge de la auténtica creencia en que, aquello que se ha puesto en el trabajo que se ha escrito, ha surgido de una genuina convicción.

En el primer grupo, algunos autores repitieron “como loro que no entiende lo que dice”, y en lugar de escribir sobre lo que sienten en realidad, sólo “transcribieron” algo que han “leído”.

En el segundo, en donde florece en su plenitud lo mejor de un desarrollo humano que otorga

un valor positivo a la cultura, predomina la sensatez, la inteligencia, y el compromiso con la creencia en que aquello que se afirma alcanza un cierto grado de verosimilitud, y que la cualidad que distingue a tales logros, reside en lo que denominamos “humanidad”.

Entre ambos grupos de trabajos algunos ocupan lugares intermedios, porque, aunque escribieron sobre cosas conocidas por aquellos que recibieron una buena formación psicoanalítica, describen aspectos importantes que nunca está demás subrayar.

Volviendo a lo esencial y en sustancia: ¿hay algo que ayer no

sucediera y que hoy nos ayude o nos motive para mejorar?

No sólo ha progresado nuestra tecnología, acorde con nuevos desarrollos en la ciencia y el arte. A pesar de que los comentarios pesimistas abundan, nuestra civilización también ha evolucionado. Entre los logros actuales existe el desarrollo tumultuoso de una inteligencia cibernética.

Se la suele denominar “artificial”, en forma errónea, dado que “artificial” denota “hecho por el hombre”, y la inteligencia cibernética actual, ya aprende y es autogestante de un modo que es más que una metáfora.

Quienes fueron sus diseñadores, hoy afirman que, desde el momento en que son máquinas que cambian solas, nuestros intereses ya no son los suyos.

Tanto Norbert Wiener como Joseph Weizenbaum, han señalado, elocuentemente, que la inteligencia cibernética carece de la información que le hubiera otorgado un cuerpo humano, imprescindible para poder comprender de manera adecuada las intenciones que guían los propósitos, conscientes e inconscientes, de la humanidad que la ha inaugurado como inteligencia artificial.

De acuerdo con lo que sostienen quienes procuran entender los nuevos desarrollos de la inteligencia cibernética (todos ellos son personas que, con reconocida solvencia en el campo de su especialidad, han publicado sus conclusiones en el film *El dilema de las redes sociales*), menos de diez personas en todo el planeta entienden bien cómo funciona la inteligencia llamada “artificial”, pero no tan bien, añaden, como para poder controlar su desarrollo, de modo que NADIE SABE HASTA DONDE LLEGARÁ.

Reparemos en que esas máquinas funcionan en nanosegundos. Un nanosegundo es el tiempo que demora la luz (a 300000 km por segundo) para recorrer 30 centímetros, y hay tantos nanosegundos en un segundo como segundos en treinta años.

Habitan en sótanos, o en depósitos submarinos de dimensiones impresionantes, llenos de computadoras interconectadas.

Se estima que no menos del 60% de lo que producen y acumulan, es hoy inaccesible para el ser humano.

Es posible que ahora haya surgido aquí, entre nosotros, una inquietud que conduce a preguntarse hasta dónde todo este desarrollo cibernético que exponemos, nos importa y nos afecta en el transcurso de nuestra vida cotidiana, o durante el ejercicio de nuestra profesión.

Y surge de inmediato una respuesta que, a menudo, procuramos ignorar. Aunque no cabe duda, sin embargo, acerca de un cierto desasosiego que impregna la actualidad de nuestros días, y que bien vale la pena subrayar.

Las herramientas que hoy “utilizamos” no son pasivas, como es el caso de una bicicleta o un

martillo, sino que se introducen, por el contrario, en nuestro cuerpo, transformando su anatomofisiología, hasta un punto en el que desencadenan, por ejemplo, neurotransmisores que nos inducen adicciones incompatibles con nuestros comportamientos saludables.

LA TECNOLOGÍA DE LOS PROCESADORES, y con ella la eficacia persuasiva de las redes, HA MULTIPLICADO SU PODER TRES MIL MILLONES DE VECES, en un tiempo y en un mundo en que el automóvil sólo ha duplicado su velocidad, mientras que el cerebro humano ha crecido en su desarrollo, neuronal y cultural, en

una proporción tan inmensamente menor que ni siquiera puede compararse.

LAS REDES dentro de las cuales convivimos, QUE SON “TELAS SIN ARAÑA”, en la medida en que son AUTOGESTANTES, NOS “PROCESAN”, otorgándonos un valor en el mercado, como ocurre cuando se procesa un bosque, o una ballena, que pierden, de ese modo, la armonía de su existencia en un mundo natural, por obra de una cultura que evoluciona hacia un destino estocástico y conjetural.

Cabe recordar que hay sólo dos industrias que denominan a sus clientes “usuarios”, la de las drogas ilegales y la del software.

El desarrollo de la teoría de las redes ha permitido descubrir leyes, acerca de la convivencia humana y ecológica que, muy lejos de la llamada “utopía de igualdad”, son fascinantes, sorprendentes y esclarecedoras. Entre tales leyes existen algunas principales, entre las cuales suelen subrayarse cinco.

Casi ningún ser humano está separado, por más de seis congéneres, de un contacto presencial con cualquier otro ser humano.

La popularidad de cualquier ser humano aumenta siempre su popularidad.

Un “influencer” es, en realidad, un ser influenciado.

En el ecosistema entero, dentro de una lista de ejemplos que se torna interminable, el 80 % de cualquier cualidad particular, siempre se encuentra en el 20% de los integrantes de un conjunto de individuos que tienen acceso a la cualidad que se contempla. El 20% de los criminales comete el 80% de los delitos, el 20% de los usuarios produce el 80% de los reclamos, etc.

Los asuntos que estamos mencionando, lejos de ser una incógnita que nos atrae desde una inclinación meramente intelectual, adquieren una acuciante

significancia emocional que los catapulta hacia el centro de nuestra actividad psicoanalítica, y les otorga un sentido compatible con el discurso con el que finalizamos ahora nuestro actual simposio.

En eso, mal que nos pese, estamos pues. Si no sucumbimos a la inoperante tentación de protestar, y asumimos (con la criteriosa naturalidad que la ocasión merece), que no podemos modificar al viento, pero podemos, en cambio, ajustar las velas con las que navegamos, surge, por fin, que si el mundo es como es, conviene preguntarse ¿en qué

cabeza cabe pretender que todo “debiera ser” de otra manera?

Cuando tendemos hacia un cuestionamiento semejante, y nos amenaza el riesgo de vivir muriendo, se nos presenta, por fin, LA ALTERNATIVA SALUDABLE que CONSISTE, TODA ENTERA, EN LA POSIBILIDAD, SIEMPRE PRESENTE, DE MORIR VIVIENDO.

Usar un verbo con el añadido de la terminación “endo”, lo convierte en un verboide que se denomina gerundio, que no sólo expresa la iteración del evento, sino que determina algo impersonal que “se debe llevar a cabo” y que recibe su referencia

temporal y personal del otro verbo con el cual se usa.

Cuando uno vive muriendo, el acento queda puesto en la muerte, y el sentimiento que lo acompaña es penoso, cuando un muere viviendo sucede lo contrario, la acción, que se destaca en el enunciado, es vital y valorable, mientras rebaja la muerte hacia una mera consecuencia, normal e inevitable, del vivir.

Volviendo a nuestro simposio, que recién ha transcurrido, podríamos decir que finalizó enriqueciendo a nuestros conocimientos e intereses, o que continuará enriqueciéndonos a pesar de haber llegado,

formalmente, a lo que ya se considera realizado.

Dialogar en él, y acerca de él, es investigar, porque investigar es buscar en los vestigios, las huellas que constituyen los indicios que nos orientan hacia algo que anhelamos.

Esta noche, nos reuniremos, en la cena tradicional, con la amable compañía de familiares y amigos, para celebrar junto con ellos la finalización de este simposio. Celebrar lo sucedido, es honrar algo que ha ocurrido. ¿Puede descubrirse, en esa celebración, algo de malo? ¿Acaso no estará presente, entonces, en el ánimo de nuestro

festejo, un recuerdo vivo de lo que unas pocas horas antes, y en conjunto, hemos emocionalmente dialogado?

Sin duda es así, y sin embargo, cuando celebrar nos conduce a poner nuestra atención en lo que ya ha pasado, corremos el riesgo de apocarnos, perdiendo de vista el horizonte.

Al contrario de lo que en años anteriores me ha ocurrido, para “cerrar” este simposio preferí, con la reciente convicción de que cerrarlo es ilusorio, enunciar lo que pienso, y sobre todo siento, con palabras breves, cuya cantidad no excede demasiado a la de aquellas que integran los trabajos

que en nuestro simposio se presentan.

Elegí además leerlas lentamente, porque una nueva seguridad me ha motivado. Una seguridad que me resulta más fácil transmitir a través de algo que, según se dice, Napoleón le comunicaba a su “valet”: “vísteme despacio, porque estoy apurado”.

Por fin, como otras tantas veces, pero **DESDE UNA CONSCIENCIA ACTUALIZADA**: a todos ustedes les diré muchas, muchas gracias, por todo lo que, continuamente, **CON VUESTRA PRESENCIA ME PERMITEN**.